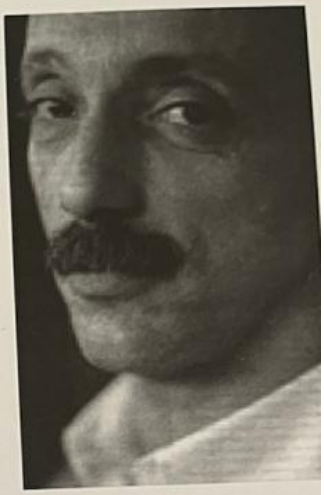
PALABRAS DEL PROFESOR PRINKLER

Prof. Leandro Prinkler



Prof. Leandro Prinkler

La reunión de tantos intelectuales, profesores e investigadores, a la que fui invitado en el año 1992 tuvo para mí el significado profundo de una realización de deseo. En la Academia del Sur encontré el ámbito fecundo para hacer lo que realmente quería, y comencé a dar clases de los temas en los que estaba trabajando de una manera libre, no sujeta a las formalidades universitarias (exámenes parciales, tiempo restringido, bibliografía limitada a lo académicamente correcto). Así comenzó todo para mí, empecé con un curso sobre el dios Dioniso, entre los testimonios de griegos y la obra de Nietzsche, ante un grupo de alumnos tan especial por su diversa constitución – profesionales, diplomáticos, jóvenes estudiantes, señoras – como por su atento interés. Desde el primer momento me sentí como un pez en el agua, supe que era el lugar propicio y encontré las respuestas más generosas de quienes dirigían el proyecto. Toda esa experiencia de muchos años marcó poderosamente mi vida intelectual: las clases de Griego Clásico, los estudios de filosofía antigua, el comentario de textos de la religión griega, la lectura de Así habló Zaratustra. El deseo de investigar en la dimensión del pensamiento que más me atraía y poder compartirlo con gente realmente interesada se había realizado.

La Academia del Sur se convirtió en el punto de encuentro de un riquísimo intercambio intelectual con una dirección fuertemente estética y espiritual. Y esto fue posible por la acción apasionada de Blanca Álvarez de Toledo, una mujer de singular talento con una intensa energía personal, que logró concretar en la Academia del Sur la conjunción de Pascal: la unión de l esprit de la geométrie et l esprit de la finesse, el espíritu preciso de la erudición y el artístico, de los impulsos vitales, fueron convocados para evitar las disertaciones aburridas y los lugares comunes. Así, al dar las clases ante un grupo que fue creciendo en calidad y cantidad, intentábamos llevar a la práctica la sintética fórmula de Federico Nietzsche: ver la ciencia con los ojos del arte, y el arte con los de la vida.

La historia sucinta de la Academia del Sur, que estamos narrando fragmentariamente , tiene el poder de evocar muchos nombres de personas queridas – algunas ya no están en este mundo – y muchísimas interesantes situaciones. No puedo en este breve texto hacer mención de todas, prefiero recordar lo principal: que el proyecto de la Academia del Sur pudo desarrollar – y continúa haciéndolo – una importante labor de difusión cultural, llena de inspiración y

conocimiento, gracias a la reunión de un grupo de personas que se dedicaron con una entrega emocional a la tarea, como Álvaro Torres de Tolosa, Elisa Rey y muy especialmente María Lanusse, que continúa hoy con la misma dirección iniciada por Blanca Isabel.

En la sede de la calle French tuve el honor de conocer a grandes estudiosos como Severino Croatto, el intérprete bíblico, Hugo Bauzá, el fino filólogo latino – a quien me une el afecto personal y el amor por los clásicos-, Francisco García Bazán, el principal investigador del gnosticismo en la actualidad – mi maestro y amigo -, Bernardo Nante, el agudo estudioso de la obra de Jung y las tradiciones espirituales – con quien compartimos amistad y proyectos de estudio -, Héctor Ciocchini, el estético erudito del Renacimiento, y muchos otros que han enriquecido con su presencia el ambiente de esta casa de estudios.

Ante todos ellos quiero expresar mi sentimiento de agradecimiento por todo lo que ha quedado grabado en mi experiencia y por la posibilidad actual de seguir colaborando en un proyecto cultural.

Acompañan a la Academia del Sur
en su vigésimo aniversario